

Legado transversal de un didacta: el profesor Adalberto Ferrández

Miguel Fernández Pérez

Universidad Complutense de Madrid

Otros colegas, con mayor cercanía que yo, temática y/o geográfica, a la biografía disfrutada de Adalberto (valga la familiaridad de la referencia), desarrollarán en este volumen numerosos comentarios y recuerdos sobre su obra escrita, ingente en múltiples sentidos. Por otra parte, me llega la noticia de este proyecto editorial, cuando su edición está materialmente a punto de cerrarse: un duende informático, desconocido para mi ignorancia, hizo que varios mensajes sobre este proyecto esperasen cinco largos meses dormidos para mis ojos. Pero despertaron ayer y me apresuro a improvisar lo que Adalberto me enseñó sin apresuramientos ni improvisaciones, con la sabiduría de las vidas maduras. Y me lo enseñó sin pretenderlo, sencillamente «siendo». Otra vez el viejo aforismo: «Explicamos lo que sabemos, pero enseñamos lo que somos». Bandura hablaba de aprendizaje de modelos y los romanos trataban de convencernos sobre aquello de que las palabras mueven, pero los ejemplos arrastran. Sea de ello lo que fuere, aquí siguen algunas breves y apretadas síntesis de lo que percibí aprender de este didacta infatigable.

Lo primero que me viene a la mente, cuando recuerdo al Adalberto reciente, es aquello de François Mauriac: «Todos nacemos viejos, sólo algunos pocos, *después de muchos años, llegamos a jóvenes*», es decir, libres de numerosas esclavitudes de niños/ancianos «inservibles», encadenados, miedosos, inseguros, desorientados, con frecuencia fanáticos y agresivos, como casi todos los débiles. En efecto, quienes, en su depauperada definición de la pobreza, cada día que pasa perciben que se hacen más pobres, con sana lógica, sueñan con volver al pasado (suele oírse: ¡quién pudiera volver a los veinte años!), es decir, a cuando eran más «ricos», menos pobres. Pero quienes, cada día que transcurre, perciben que su vida, su mirada y sus tareas se amplían, se profundizan, se enriquecen y multiplican, de ninguna manera desean volver al pasado, esto es, a la pobreza. Tal era el caso de nuestro colega, para unos, ya desaparecido, para otros, por fin encontrado.

Esta «juventud» creciente, que suele ser hija de la juventud crecida, guarda estrecha relación con la *armonía*, integración dinámica, que Adalberto llegó a lograr *entre las cuatro dimensiones antropológicas* básicas del psiquismo. A saber: su «homo sapiens», que piensa, busca, duda, indaga, fundamenta, razona y «sabe»; su «homo faber», que sabe hacer, que es capaz de transformar las cosas,

objetos, situaciones y «verdades» encontradas por su «homo sapiens»; su «homo ethicus», que decide, desde su libertad, hacer lo que sabe hacer y, con la tenacidad de su voluntad, se compromete lealmente con tareas orientadas hacia la realización de los valores «vistos y queridos» (es hermoso y, lingüísticamente, una afortunada excepción, que, en castellano, la palabra «querer» sirve para dos significados separados en otras lenguas, por cuanto sé: el significado de «decidir» —el «velle», «vouloir», «will», «wollen» del latín, francés, inglés y alemán, respectivamente— y el significado de «amar» —el «amare», «aimer», «love», «lieben» en las lenguas mencionadas): en el último párrafo de estas modestas reflexiones adalberteanas, volveremos sobre la potencia de esta sinergia en nuestro admirado amigo, sinergia que él orientaba siempre hacia valores vestidos de bondad y de justicia, de solidaridad y de rectitud, de sinceridad y de nobleza; finalmente, la dimensión del «homo aestheticus», hermano del «homo ludicus», del «homo affectivus» y del «homo felix», que algunos consideran gemelos univitelinos, semánticamente sinónimos. Esta armonía dinámica de su cabeza, que pensaba; de sus manos, que hacían; de su libertad/alma, que «quería» (en las dos acepciones antedichas) y de su corazón, que se sentía feliz con todo ello, y lo contagiaba, constituye para mí una especie de radiografía esencial, iluminada, de la fortaleza de su serena biografía.

Como corolario de lo que acabamos de decir, considero muy destacable, desde el principio de su producción pedagógica y de su preocupación pragmática por las cuestiones educativas, la rapidez y la eficacia con que Adalberto *transitaba soberanamente*, como si ello fuera sencillo, *de los principios*, teóricos y/o morales, *a sus aplicaciones técnicas y operacionales*. Esta soberanía transicional, que traduce sistemáticamente en fórmulas técnicas y en aplicaciones y comportamientos verificables las más abstractas formulaciones del pensamiento especulativo, tiene tanto mayor mérito, por cuanto Adalberto puede considerarse como uno de los eslabones/puente más sólidos y comprensivos entre la Didáctica «para filosofar», en la que se formó (intentaron formarnos) en buena medida su generación, y la «Didáctica para hacer», década de transición de los años sesenta hacia los setenta y ochenta, puente entre una Didáctica para el examen de las ideas, y una Didáctica para la planificación y diseño de las intervenciones técnico-pedagógicas y verificación de los efectos de las mismas. Pero no se trataba, en el caso de nuestro colega, de una mente de ejecutor de lo por otros pensado, con la única virtud/servidumbre de la intuición selectiva entre las posibles realizaciones alternativas de los generosamente amplios principios teóricos, pues no sólo transitaba con facilidad sorprendente el camino mental que va de la abstracción a la concreción, de los principios a sus aplicaciones, de las leyes a los casos, de las razones a sus consecuencias, sino que, con la misma agilidad, amplitud, pertinencia y señorío, tuve oportunidades de verle recorrer, en ocasiones magistralmente, el camino inverso, transitando de las concreciones operativas específicas a la reconstrucción teórica, una vez enriquecida ésta por el baño de la realidad empírica ensayada rigurosamente. Constituye, así, Adalberto una de las confirmaciones más paradigmáticas de la afirmación de Dilthey, el maestro de nuestro Ortega y Gasset: «La última

palabra de la filosofía es siempre la educación». Esta capacidad de Adalberto resumía las ventajas de las potentes síntesis sinérgicas, eliminando los riesgos de parcialidades analíticas («ningún análisis es inocente»), situándose ventajosamente en el equilibrio, establemente inestable, de la aguda distinción de Montaigne: Frente a las cabezas meramente bien llenas («la tête bien remplie»), las cabezas bien construidas («la tête bien faite»).

En cuarto lugar, conforta muy especialmente dar fe de que Adalberto *dejaba crecer a su alrededor*. Contra lo que, por desgracia, acontece con tanta frecuencia en el ecosistema de las relaciones académicas entre profesores universitarios (verificado, lamentablemente, en las más diversas latitudes del planeta), no cabía en su magnanimidad (etimológicamente «alma grande», la elegancia de los psíquicamente sólidos), la mezquindad de las envidias, la necesidad de negar ayuda a un colega posible rival en determinada palestra de promoción de cualquier tipo, la negación del pan y la sal a cualquier joven profesor que pudiera hacer sombra a su nombre y/o sus cargos en un futuro más o menos cercano o lejano, la acostumbrada selva salvaje (universitaria!) en la que todo vale, desde la zancadilla al juego sucio, pasando por la pérdida de las mínimas dosis exigibles de objetividad, racionalidad y justicia. Tuve numerosas oportunidades de constatar, sin necesidad de testigos, en presencia, sus limpias actuaciones, incluso en situaciones realmente poco gratas, en las que cualquier decisión (entre ellas la de no decidir, que, como es sabido, es una decisión más) iba a ser criticada ferozmente por unos (los otros aplaudirían), o por otros (los unos se entregarían a la ferocidad de su oficio de inmadurez y enanismo infra-homínidos). Como suele acontecer, éste su talante no era ajeno a una especie de amplitud de su mirada («amplitud de miras», en la fraseología acostumbrada), que se elevaba por encima, más allá y mucho más hondo que las mezquindades que a muchos nos rodean (a las que se suman, a veces, nuestras propias mezquindades, que nos rodean por dentro: la peor asfixia para nuestro yo y para nuestro entorno humano). Escuché, y se me grabó, que «donde no hay profundidad/hondura, no hay altura y, donde no hay altura, se amontona la basura». Yo sé que nuestro recordado Adalberto, en cualquier lugar en el que, sin fanatismos, cada uno pueda sospechar que habita ahora, estará sonriendo sobre estas situaciones y peripecias con aquel gesto de bondad en su rostro que suele ser hijo de la comprensión (la cognitiva/intelectual, y la otra: gracias, Adalberto). A este respecto, saboreaba Adalberto con cierto humor mi pobre «sentencia» pareada de que «el verdadero aprendizaje del alumno no aparece, mientras el profesor no desaparece». Él se quedaba con el lema, mucho más brillante, en el fondo y en la forma, del maestro Hölderlin: «El buen profesor forma a sus alumnos, como los océanos formaron los continentes: retirándose». Y le corría tanta prisa el crecimiento de «los otros», desde su fuerte y generosa vivencia del «nosotros», que se nos retiró antes de tiempo, si nos atenemos a los rutinarios cánones acostumbrados de la burocracia y la costumbre (la rutina irreflexiva y repetitiva: otro vocablo que no existía en su léxico personal).

Como quinta constante transversal de su recuerdo, mencionaría una condición muy destacada en él, tan hija de su nobleza, como, quizás, de su tierra:

su *sinceridad*. En los tiempos que corren suena casi a angelismo ingenuo (y así nos va) esta característica, típica de las personas libres, desatadas de las triviales ataduras de los miedos, los cálculos a expensas de las verdades pensadas y/o sentidas, el disimulo «por si acaso». Esta su calidad sincera iba unida en Adalberto muy estrechamente, tanto desde su lógica como desde su psicología, a una virtud, a su vez, muy emparentada con la salud psíquica (el bienestar del alma), a saber: la *modestia* y su carro de sinónimos escapadizos (sencillez, humildad, accesibilidad, llaneza, «permiso» generoso para la importancia del otro, etc.). Compartía, con su proverbial sentido común, la obvedad, por paradoja sistemáticamente ocultada, de que todos nuestros méritos son muy relativos, pues son debidos más a otros que a nosotros mismos. Recuerdo diversos encuentros en un país, de cuyo nombre no quiero acordarme, en el que coincidíamos con cierta frecuencia, incluso en la misma institución, cuando un brillante profesor universitario hacía propaganda de sus méritos personales, en un contexto muy informal (las famosas sobremesas con Adalberto), sobre la base de sus obras, publicaciones de todo tipo, proyectos de investigación, etc. Hacía feliz simplemente contemplar la felicidad con que nuestro recordado colega compartía el argumento, abundando en él, de otro profesor presente en aquella reunión, más o menos en estos términos: «Enhorabuena, colega. Realmente es formidable la cantidad y calidad de tus obras. Como andamos mal de tiempo (esta maldita prisa, siempre apresurada, una vida sin vida para nada), no nos deja tiempo para mencionar a otros «co-autores» de tus méritos, por ejemplo: a quien te regaló las manos con que has escrito tus valiosas páginas, a quien te regaló los ojos con que has leído tu bibliografía amplísima, a quienes, desde tu más tierna infancia, te regalaron (gratis, por definición de «regalo») su vida y su tiempo, para que tú tuvieras tu vida y tu tiempo para escribir ahora, cuidando tus días y tus noches, tu alimentación y tu vestido, tus regalos de Navidad y de cumpleaños, tus fiebres, tus cólicos y tus grupos, a quienes quemaron su vida en inventar la lámpara eléctrica, las computadoras y el teléfono, que tan útiles han sido para tu trabajo, a quienes fabricaron la casa en que habitas, los vehículos en que tú (ellos, por desgracia o por injusticia, no) viajas hacia los centros de la cultura y la ciencia de todo el mundo disponible, a quienes talaron los árboles y fabricaron el papel sobre el que se imprimen tus geniales publicaciones, etc. En definitiva, vino a concluir aquel espontáneo profesor con sus palabras que el que es vanidoso o necesita el aplauso no es un viciado, sino un estúpido o una narcisista infantil, inconsciente y superficial, pues la realidad más obvia nos permite confesar que «al final de todo he comprendido que vive de lo que tiene sepultado cuanto nos muestra el árbol de florido» (las raíces, a las que nadie ve ni aplaude). El sincero, pues, es modesto, no por virtud, sino por realismo elemental (aquello de Teresa de Ávila, que la humildad es verdad). Esta autopercepción, sin embargo, exige perder la rutina de la vulgaridad, pues nunca es superficial la realidad, sino nuestra mirada.

Pero una de las cualidades que más gratamente me sorprendió en Adalberto fue su *increíble capacidad de adaptación intercultural*. Pocas personas he cono-

cido que hayan logrado una eficacia de comunicación pedagógica y humana como la que conseguía nuestro amigo, ya desde los primeros contactos, en medio de los contextos económicos, sociales y educativos, formales e informales, más diversos: trabajando con adultos analfabetos o con directivos y cuadros empresariales, en formación inicial o permanente de formadores, con líderes sindicales o con docentes de todos los niveles del sistema educativo, en el campo de la marginación social o de la integración y la «normalidad» institucionalizada. Adalberto se percató muy pronto de que «ningún viajero es fanático» y disfrutaba con las ideas (etimológicamente, «visiones») de Lessing, «fueron tan astutos los dioses que no le entregaron a ningún humano la verdad entera del mundo, sino un pedacito a cada uno, para obligarnos a todos a abrazarnos, si alguna vez queremos seriamente tener una aproximación a toda la verdad», y de Gandhi: «Nunca llegarás a la verdadera tolerancia, hasta que no estés profundamente convencido de que el “otro”, sea cual sea su grado de distancia/“otridad”/diferencia/diversidad respecto de ti, tiene algo que enseñarte acerca de la verdad de ti mismo». Lo importante de esta adaptación intercultural fácil y fecunda radica en los rasgos que supone en la persona que la posee, por ejemplo: a) Amplio espectro de registros para la rápida decodificación de los mensajes, denotativos y connotativos (es decir, cognitivos y axio-afectivos) que pueden emitir los individuos de una cultura diferente; b) alto nivel de seguridad psíquica, abierta al riesgo, a lo imprevisible, a la novedad sin garantías absolutas «todavía»; c) profundo respeto a todo ser humano, por el hecho de serlo, por lo admirable de sus categorías esenciales (la admiración, el principio y origen de toda sabiduría, ya para Aristóteles); d) tolerancia serena a la ambigüedad de los mensajes que pueden querer hacernos llegar nuestros interlocutores transculturales, desde los más lejanos residuos de indeterminación semántica; e) una rica gama de alternativas de respuesta «didáctica», desde el inevitable residuo de indeterminación técnico-pedagógica que anida en la comunicación con márgenes desorbitados de indeterminación semántica. Difícilmente podría trazarse una descripción biográfica más esencial del retrato para la historia de Adalberto.

Concluiré este breve recuerdo de síntesis transversal, en séptimo y último lugar, refiriéndome a, quizás, lo más importante y generador, como las ideas de Paulo Freire, en la andadura profesional y humana del viajero Adalberto: *Amaba lo que hacía y hacía lo que amaba*. Es difícil mantener los niveles de intensidad y de permanencia del optimismo, de la alegría, de esa actitud positiva ante todas las circunstancias y tareas, que suelen definir a las personas felices, en medio a veces de las situaciones más adversas y las luchas más duras. Pero esta fortaleza interior que reclama la permanente alegría, sólo puede conseguirse desde la constatación, consciente y honda, de que uno trabaja y dedica su vida a algo para lo que él piensa que vale la pena, es decir, que vale la pena de regalar para ello su vida/tiempo. Y esto lo tenía/vivía/era Adalberto en grado sumo: sabía muy bien que es imposible ser buen didacta sin ser creativo, pero sobre todo no ignoraba que «sólo crea el que cree —que vale la pena crear, pues nos van a pagar igual por la rutina que por la imaginación—, y sólo

creo el que ama» (su tarea o a los que su tarea va a beneficiar, o a ambas realidades). El latigazo de Nietzsche le había acariciado el alma: «Al menos que hayáis decidido cometer el crimen más horrendo de la historia, por favor, no pongáis vuestras manos con tosquedad sobre la técnica más delicada de la cultura: la educación». Adalberto era muy consciente de la enorme responsabilidad, cualitativa y cuantitativa, de la tarea de formador, consciente de sus límites, a la que dedicó su vida: cuantitativa, por el número de personas a las que empobrece o enriquece, con su pobreza o con su riqueza (nadie da lo que no tiene), cualquier formador de formadores. Queda el lector invitado a hacer el cálculo (no se asuste, por favor) del número de personas, directamente beneficiadas o dañadas a lo largo de su vida profesional, si se dedica a la formación de educadores/formadores en cualquier ámbito de la actividad humana (por ejemplo, mis 300 alumnos de cada año, multiplicados por mis treinta años de vida profesional, multiplicados estos 90.000 exalumnos míos, formadores ya de otros, por los 300 alumnos/año y sus 30 años de influencia sobre otros seres humanos, realmente infunde una sensación de «seriedad» y responsabilidad profesional muy seria). Pero Adalberto no necesitaba las montañas de la cantidad para ser sensible a su responsabilidad como didacta educador: en la alternativa de Stenhouse (¿tenemos que ser los formadores/docentes ingenieros agrónomos, para cultivos masivos en extensiones incontrolables de terreno, o más bien jardineros, que acarician cada flor como si fuera única, que, por cierto, lo es?), había optado decididamente por ser jardinero con la «seriedad» de la preparación del ingeniero agrónomo. Su lógica de ética profesional era muy simple: en la investigación dentro del campo de las ciencias humanas, trabajamos con márgenes de error relativamente exigentes (+/- 3%, +/- 1%, +/- 5%, etc.). Más allá, suele decirse, es un margen de probabilidad del error teóricamente despreciable. Esto es válido, cuando se trata de «números» (por definición, entidades abstractas), pero ya Einstein, a quien nadie podrá tildar de enemigo de las formulaciones matemáticas, nos advirtió: «Cuando una fórmula matemática se cumple en la realidad, una de dos: o la fórmula no era matemática, o la realidad no era la realidad». El margen de uno despreciable de la probabilidad del error (por ejemplo, probabilidad de uno por cada millón de casos) deja de ser radicalmente despreciable «para mí», si el fracaso mortal de la intervención quirúrgica en cuestión ha tenido éxito en 999.999 pacientes, pero no en mi hijo. ¿Y con qué derecho cuido yo de o me dedico yo a los hijos de las madres de los demás que caen en el quirófano de mi aula, con menos generosidad, «cuidado» y atención con que me gustaría y exijo que sean atendidos mis hijos, cuando caen en el «quirófano» de otros colegas docentes/educadores? Después de respondido este interrogante con sinceridad proyectiva (puesta la vista en el proyecto de mi práctica profesional), interpretaba Adalberto (y me sumo a esta hermenéutica sin la menor reserva), después de respondido ese interrogante, decía, hablaremos de política, de religión, de opciones filosóficas y de ideologías, etc. Pero nunca antes: estamos ante algo absolutamente previo, que afecta a la raíz de la existencia humana en su presente y su futuro, si es que hay alguno, pues los estudios de la UNESCO son conclusivos

en este punto: la humanidad tiene ya una única alternativa, o la educación o la catástrofe (sea en Japón o en Estados Unidos, o en Senegal, o en el País Vasco, o en Suecia, o en Arabia Saudí, o en la ex-Yugoslavia, o en Turquía, o en el Vaticano, o en Afganistán, o en China, o en Argentina, o en Colombia o en la más pequeña aldea del país más ignorado).

Finalmente, lo más esencial para mí de la lección no leída verbalmente de Adalberto, pues nunca acaba de leerse lo que vale para siempre: *Todo lo que no se da, se pierde* (tras la vida en la *Ciudad de Alegría*, de Dominique Lapierre). Yo vi la generosidad de Adalberto, asignatura transversal donde la haya, en todos los ámbitos de su vida a los que tuve la suerte de tener acceso (y fueron muchos) y no me queda más camino que agradecer, al Dios que sea, el regalo de haberle encontrado en el camino de mi breve tiempo-espacio en este pequeño planeta, pequeño planeta en el que, sin embargo, podemos vivir lo más grande, hermoso, digno, infinito y feliz de un formador, de un trabajador del trabajo de aportar nuestro granito de arena a la construcción de las personas, en la incesante deconstrucción/reconstrucción multidimensional de sí mismo, no dando clase, sino investigándola, como si nuestros alumnos fueran seres vivos y como si nosotros no fuéramos todavía fósiles. Quizás la raíz de toda la riqueza del didacta Adalberto, aquí transversalizado, estribara en su convencimiento de que «tu alumno no es un saco que hay que llenar, sino un fuego que hay que encender, una ventana que hay que abrir, un campo que hay que sembrar» (subversivo, sólo para iniciados y en voz baja: la última analogía, hay algunos quijotes, muy amigos de Adalberto en su nueva andadura, que la modifican así: «un campo en el que hay que sembrarse»). Estaría feliz, como torpe amanuense de esta pálida transcripción de la biografía transversal de Adalberto, si algún lector de estas modestas líneas hubiera encontrado algún lugar para dar la razón a Festinger, verificando (la ciencia no hace profecías, sino verificaciones) que el desequilibrio cognitivo más o menos próximo, con su inevitable disonancia, es la esencia del crecimiento personal, pues es condición *sine qua non* para el aprendizaje. Dos amigos de Adalberto, que se los conoce como Piaget y Vigotski, están de acuerdo en esto con Festinger. Y ya se sabe, sólo quien está creciendo puede ayudar a crecer.